

BR 115

A 8

F 4

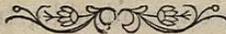
Impreso por FELIX M. CONEJO, calle del Ensaye n. 51



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



CONFERENCIA PRIMERA.



Objeto y naturaleza del Arte.

Señores:

ENTRE los aspectos, ya muy numerosos y variados, bajo los cuales hemos contemplado *el Progreso por el Cristianismo*, hay uno que hace largo tiempo gozaba de mi mas señalada predileccion, y que me hé reservado hasta hoy, á pesar de la fascinacion que ejercía sobre mi pensamiento. Este asunto, que tiene para los espíritus una seduccion particular, por que nos deja ver una de las mas brillantes faces de nuestra humanidad, me atraía y arredraba al mismo tiempo: me atraía con su encanto, me arredraba por sus dificultades; y justamente preocupado con la debilidad de mis recursos, procrastinaba indefinidamente, aguardando la hora de Dios y la señal de su Providencia. Paréceme que las circunstancias actuales hacen resonar esta hora y me dan la señal deseada, y me atrevo á esperar que el grande espectáculo que os aprestais á dar al mundo (1) añadirá á este asunto nuevo encanto y mayor interés.

Basta deciros, que me propongo considerar este año el Progreso por el Cristianismo bajo el punto

(1) La Exposicion universal. N. d. T.

44

de vista *artístico*. Después de lo Útil, lo Bello; después de la Economía, el Arte. Estas dos cosas que parecen señalar los dos polos extremos de la vida, vuelven á encontrarse en un punto comun, el desarrollo legítimo del hombre total, y una y otra hallan en el gran centro cristiano el resorte mas poderoso de su progreso.

El progreso artístico por el Cristianismo; es decir el arte purificado, engrandecido, trasfigurado por el Cristianismo, pero sobre todo, por el Catolicismo, es para nosotros, cristianos católicos, una gloria de que no nos enorgullecemos suficientemente. Según el pensamiento de uno de nuestros escritores mas versados y mas competentes en las cosas del Arte (1) nuestra superioridad en esta brillante esfera, luce con tanto esplendor de evidencia, que no deja siquiera á nuestros adversarios la libertad de disputárnosla con sinceridad; y nuestros padres nos han legado, bajo este aspecto, una herencia magnífica cuya riqueza no podemos rehusar, cuya gloria nos es imposible repudiar. El arte, en nuestros siglos cristianos, há forjado á la dignidad real de nuestro Cristo una espléndida corona; y esta diadema ostenta como relucientes florones las mas bellas obras maestras del génio del hombre iluminado por la luz divina.

No hay porque admirarse. Es imposible que esta religion que engrandece á la humanidad en todas sus faces, y penetra con su savia generosa las profundidades mas íntimas de nuestra vida, deje de imprimir al arte, colocado en sus condiciones normales, el movimiento ascensional que imprime á todas las cosas. Así como las costumbres santas son la germinacion natural de las doctrinas verdaderas, así las bellas creaciones del arte son la florescencia es-

(1) A. F. del Rio, autor del *Arte cristiano*.

45

pontánea de entrambas: son los frutos de oro de esta savia de verdad, de santidad, de amor y de pureza que os he hecho ver circulando por dondequiera en las venas del Cristianismo. En todo y por todo el Cristianismo siembra la verdad, desarrolla el bien, crea el órden y la armonía; luego es menester que haga florecer la belleza: y esta rica florescencia de todas las artes, abierta al sol de nuestros siglos cristianos, no es mas que la expansion en flores de belleza de todo lo verdadero, de todo el bien, y de todo el órden que el Cristo produce en la humanidad penetrada por su vida y vivificada por su soplo.

De esta manera, por medio de sus mas profundas raíces y de sus mas brillantes creaciones, tambien el arte viene á reunirse al centro viviente del Cristianismo, á Jesucristo Nuestro Señor. Verbo encarnado, esplendor de la gloria del Padre, imagen divina de su divina substancia, nuestro Cristo aquí tambien nos aparece tal como es, centro de lo bello, así como es tambien centro de la verdad y centro del bien; foco eterno del arte, así como es tambien eterno foco de la ciencia y de la santidad; mientras que interiormente lo fecunda con su soplo creador, se cubre exteriormente de la gloria de las obras inspiradas por él mismo; Jesucristo inspirando al arte y el arte á su vez coronando á Jesucristo.

No obstante, señores, para evitar una mala inteligencia en un asunto en que las interpretaciones erróneas son harto fáciles, ántes de mostraros directamente cómo el soplo de Jesucristo fecunda, eleva y transforma el arte, es menester colocaros frente al arte mismo; es preciso entender su naturaleza, su vocacion, sus condiciones de grandeza y las causas de su decadencia. Ante todas cosas es fuerza responder á esta pregunta, que es la primera que se nos presenta y que há de ilustrar todas las demas:

66
¿qué cosa es el arte? ¿cuál es la verdadera noción del arte?

Este asunto, quizá por vez primera tratado directamente en la predicación católica, pudiera á primera vista parecer extraño á un púlpito cristiano; porque este asunto, lo confieso, toca mucho á la tierra y al hombre. Pero vereis que con sus altas cumbres llega hasta el cielo y hasta Dios, y que está ligado por su principio, al mismo Verbo encarnado, Jesucristo Nuestro Señor.

Para dar autoridad desde luego, á las doctrinas que sobre este asunto tendremos que explicar, es menester establecer en esta primera conferencia, nuestro punto de partida. Antes de aventurarnos en alta mar, es menester encender en la costa el faro que ha de iluminar nuestro camino y servirnos de guía en nuestra marcha. Este punto de partida es la definición del asunto; este faro luminoso es la verdadera noción de esa cosa grande y santa que llamamos *Arte*.

¿Qué cosa es el arte? Sentando esta cuestión no quiero en modo alguno investigar los procedimientos técnicos del arte, sus habilidades adquiridas, sus preparaciones laboriosas, sus medidas de ejecución. No es mi objeto siquiera escudriñar cuales son las disposiciones innatas que el artista debe traer á su vocación y á su ministerio. Supongo ya estas libres preparaciones; no puede haber jamás un grande artista sin el auxilio de un gran trabajo. Estas predisposiciones naturales las exige el arte por su esencia misma. Para formar un grande artista, se requiere un poco de esa llama que se nombra genio, lo que un escritor apellidaba hace poco "la chispa misteriosa que incendia las organizaciones privilegiadas." Supongo aquí, pues, al artista en posesión de la potencia innata y de la destreza adquirida, al genio que sabe hablar el idioma y manejar el ins-

70
trumento de su arte. Esto supuesto, yo pregunto: ¿qué cosa es el arte? ¿En qué consiste propiamente la obra artística?

La obra artística puede resumirse en estas dos palabras perfectamente inteligibles: *crear la belleza*. Hacer resplandecer el bello ideal bajo una forma sensible que es la obra del artista; crearla no solamente á semejanza de la bella naturaleza que se despliega á nuestras miradas, sino á la imagen de esa belleza ideal que desde el fondo de la esencia divina, brilla cual pura estrella en el fondo del alma humana; hé aquí lo que considero como la obra propia del arte. Si yo estuviera autorizado á resumir en una definición todo mi pensamiento sobre el asunto, diría de buena gana: el arte es *la expresión de la belleza ideal bajo una forma creada*. Esta sencilla definición os revela desde luego en el arte estos dos puntos esenciales que me limito á mostraros en mi primera conferencia, á saber: lo bello como objeto, y la *creación* como obra propia del arte: dos cosas eminentes que nos lo muestran todo entero, trayéndolo á su principio y á su centro; al Verbo increado, lugar sustancial de toda belleza ideal, y modelo divino de toda creación humana.

I.

Sí, Señores, el objeto propio, el fin inmediato, el blanco directo del arte es la belleza. No hé dicho, notadlo bien, su blanco final, su fin supremo, sino su objeto propio, directo, inmediato. El arte tiene por objeto propio una de las tres grandes faces del ser y del infinito, es á saber lo Bello. El filósofo, el sábio, en sus investigaciones tiene por objeto propio la verdad y la expresa por medio de fórmulas. El santo, en sus heróicos esfuerzos, tiene por objeto propio el Bien y lo manifiesta con actos de virtud.



El artista en su trabajo, á veces tambien heróico, tiene por objeto propio lo Bello. Busca, ama directamente lo bello y lo traslada á sus obras: mira la belleza; se apasiona de la belleza que mira, y trabaja por expresar por medio del sonido, del color, de palabras, de una forma sensible cualquiera, esta belleza que contempla y que ama.

Es inútil insistir. Este dato fundamental tiene en el dominio del arte, el valor de un axioma, y no hay uno solo entre vosotros, á mi entender, que piense en disputárselo. Podemos, pues, sin dilacion dar un paso mas en la carrera, y tratar desde luego esta cuestion maestra: si el arte tiene por objeto propio la belleza, ¿en qué consiste la belleza?

En vano procuraríamos evitar esta cuestion; se coloca por sí misma en el umbral de nuestro asunto. ¿Qué cosa es, pues, la belleza? ¿Cuál es el misterio íntimo y la razon secreta de esta belleza cuya idea nos parece tan primitiva, y su impresion tan definida? ¿Qué es aquello á la vez tan conmovedor y tan delicado, tan oscuro y tan claro, tan misterioso y tan manifesto, que interpretamos por medio de esta voz encantadora *la belleza*? ¿Como definir lo que por su naturaleza misma parece que no admite definicion?

¡La belleza! ¡Ah Señores,! ¿Será menester que yo os enseñe lo que nuestra alma entrevé en la magia, lo que oye en la armonía de esa palabra? ¡La belleza! ¡Ah! Por favor, antes de mostraros su verdadera fisonomía permitidme que deseche con legítimo desdén los fantasmas, ó mas bien las fealdades que se atreven á confundir á veces con ella.

¡Lo Bello! ¿No sería por acaso lo que responde, para satisfacerlas, á nuestras egoistas necesidades; lo que el industrialismo se complace en llamar lo *útil*? Pero, yo os diré aquí con un varon distinguido, ¿cuántas cosas útiles no son bellas y cuántas cosas

bellas no son útiles en el sentido vulgar de esta palabra! Lejos de que lo bello se confunda con lo útil, la gran preocupacion de lo útil, disminuye el sentimiento de lo bello y prepara la caida del arte. ¡Lo bello! ¿No sería quizás lo que responde á nuestras aspiraciones sensuales; lo que lisongea, acaricia y embriaga los sentidos; lo que el sensualismo toma de buena gana por lo bello; en una palabra, lo *agradable*? Pero ¡cuántas cosas lisongean, acarician y embriagan los sentidos y nada tienen de bello! ¿Cuál es la belleza de ese perfume que os agrada, de ese sabor que os deleita, de esa brisa que os acaricia, de ese goce que os embriaga? Lo bello que arrebató nuestra admiracion y á veces nuestro entusiasmo, que conmueve lo que hay en nosotros mas noble y mas elevado, ¿deberemos confundirlo con lo que la delicadeza contemporánea nombra lo *lindo*; lo lindo, que el vulgo toma muy á menudo por lo bello en realidad? Pero, aun concediendo á lo lindo el honor de ser un matiz, un diminutivo de la belleza, ¿quién no vé que lo lindo, en muchas cosas, es todavía mas capaz de hacer pequeño que de embellecer el objeto de nuestra admiracion? ¿Quién de vosotros, al mirar en toda su régia belleza este monumento espléndido del grande arte Cristiano, Nuestra Señora de Paris, tan artísticamente construida y tan artísticamente restaurada, se atrevería á decir: Esta catedral es *linda*?....

¿Qué cosa es, pues, la belleza en las cosas que admiramos? ¿Es la la grandeza, la pureza, el poder? ¿Es la proporcion, la simetría, la conveniencia? ¿Es la unidad, la variedad, la sencillez? Sin duda que la belleza descomponiéndose nos ofrecería algo de todo esto: pero ¡Dios no permita que yo descargue aquí sobre ella, los golpes del afrentoso escoplo de un frío análisis, y que os muestre uno á uno los rasgos que componen con su concierto, esa fisonomía

cuyo esplendor os seduce y cuyo encanto os atrae! No: vosotros no exigís de mí el que vaya á buscar en el fondo de una metafísica abstracta su secreto, lleno de misterio, ni que pida á los filósofos una definición de que no tenéis necesidad desde el momento en que la belleza, mostrándose á vuestras miradas, os dice: "Vedme aquí."

¡La belleza! ¡Ah! Si Dios os ha dado la misteriosa chispa que hace los artistas, ¿no la habeis encontrado y reconocido en todos los grados de la creación, resplandeciente á vuestros ojos con su dulce y victorioso brillo? Decidme: ¿no os habeis sentado jamás, en un día de suave ambiente y dulce temperatura, á la orilla de uno de esos lagos tranquilos, que reflejara como vasto espejo los frescos bosquesillos, las risueñas praderas, los árboles, las plantas, las flores, todo ese verdor ondulado en el declive de las colinas, y cuya graciosa imágen se reprodujera en el cristal de las aguas, juntamente con los espectáculos del cielo? . . . ¿Recordais la indefinible seducción que triunfaba sobre vosotros? Y en el momento mismo que mas indiferente os mostrabais á estas maravillas que os procuraban la dicha de contemplarlas, prescindiendo aún de todo sentimiento egoísta, ¿no habeis por acaso sentido un no sé qué de vencedor que os encadenaba, cautivo voluntario y extasiado, al encanto de una playa extranjera?

Ó bien en una de esas tardes de verano que mantienen el alma en una especie de éxtasis beatífico, ¿no habeis alguna vez abierto vuestra ventana para contemplar la bóveda del cielo, á tiempo que el sol llevando á otras regiones el esplendor de su luz, dejaba que la noche se adornase á vuestros ojos con su brillo mas dulce y misterioso, á tiempo que las estrellas reluciendo en el fondo del firmamento, parecían que os miraban, que os hablaban en su silencio y os embriagaban con su vista? Como Agustín

y Mónica en las riberas de Ostia, ¿no sentíais una especie de poder invisible que os arrebatava de la tierra hácia el cielo? ¿no os decía vuestra alma, atraída por un encanto soberano y elevando consigo misma todo vuestro ser: subamos, subamos á aquellas alturas? No quería ella remontar su vuelo para ir á ver mas de cerca aquellas magnificencias, que se ocultan aun mas de lo que se descubren, en el seno de esas claridades dudosas que forman el encanto y la seducción de nuestras noches estrelladas? ¿No os habeis por acaso sorprendido, exclamando en un arrobamiento sagrado: ¡oh hermoso cielo! ¿quién me diera alas para volar á tus espléndidos palacios?

Y luego, mirando mas alto á los espectáculos que Dios desplegaba á vuestros ojos en la brillante superficie de la creación, ¿no habeis contemplado con una mirada digna del espectáculo que os mostraba, la grande obra maestra, el hombre; el hombre, esplendor régio de la creación que reúne en incomparable armonía todos los reflejos de la naturaleza y todos los reflejos de Dios? ¿Habeis visto al hombre en la aurora de su vida? ¿Habeis visto al tierno niño adormecido? ¡Creatura encantadora! tan simpática y tan atractiva aun ántes de que se haya abierto completamente la flor de su existencia, que cediendo á pesar vuestro á un misterioso influjo, os inclinasteis sobre su cuna, para estampar vuestros labios sobre esa frente de ángel en que reposa una como sonrisa de la Divinidad. ¿Habeis visto al hombre en el brillo de su mediodía, la vida humana en el esplendor total de su irradiación natural, cuando una sola de sus miradas os hería tan profundamente y con tal violencia, que habíais menester quizás para defenderos del escudo de la voluntad humana, y del escudo aun mas poderoso de la gracia divina? ¡Tan victorioso es el hechizo que el hombre ejerce en derredor de sí, no dejando ver mas que ese rostro de

carne en que se resumen las perfecciones del mundo material! Y á pesar de todo esto, lo que hay en el hombre mas brillante á la vez que mas atractivo, no es el exterior de su carne, imágen sustancial de los mundos inferiores; es el esplendor de su alma, de esa imágen de Dios; es su esplendor moral; es sobre todo la santidad que inunda su rostro de incomparable luz.

¡Oh! Decidme: ¿no habeis visto alguna vez el rostro de un santo? ¿Habeis visto ese no sé qué de celestial que la santidad estampa en la frente de sus escogidos, como el sello de Dios sobre la carne del hombre? ¿Habeis visto á Juana de Arco en el esplendor virginal de su heroismo? ¿Habeis visto á Vicente de Paul en la gloria serena de su caridad? ¿Habeis visto á Luis XVI en la majestad real de su resignacion? ¿Habeis visto á Francisco de Sales en la auréola de su incomparable dulzura? Aquí, señores, permitidme volver los ojos con vosotros hácia Roma, y mostrándoos en el lugar mas encumbrado de la tierra, la figura mas conmovedora que se descubre en el horizonte de la historia viviente, permitid que os pregunte: ¿Habeis visto á Pio IX? ¿Habeis visitado á este augustísimo anciano en el momento en que es la mas perfecta personificacion de la grandeza moral, la mas alta representacion de Dios sobre la tierra?... A lo ménos ¿habeis divisado de léjos, á través de las nubes que se agrupan sobre su cabeza, el rostro dulce y sublime del Pontífice-Rey, ostentando sobre su frente la majestad de una desgracia grande como su dignidad, y de una virtud grande como su desgracia? ¿No es verdad que ese anciano desarmado que se presenta hoy ante vosotros como el espectáculo mas grande del mundo moral, tiene algo que de grado ó fuerza nos atrae, nos seduce, nos cautiva y arranca aun á sus enemigos el homenaje de una irresistible admiracion y de un in-

vencible respeto? Aparicion tan sublime y tan conmovedora que para mostraros algo mas sublime y mas conmovedor, no me resta ya sino deciros: ¿Habeis mirado el rostro de Jesucristo? ¿Lo habeis visto no cual los escogidos lo contemplan hoy en su éxtasis beatífico, sino únicamente cual lo podemos entrever en su gloria histórica, y tambien cual lo podemos admirar en las obras maestras artísticas expresado, interpretado y transfigurado por el génio de nuestros mas insignes maestros? No es verdad que se desprende de esta figura, humana á la vez que divina, un no sé qué de atractivo y de victorioso, que mas hace comprender esta sentencia suya: *Cum exaltatus fuero omnia traham ad me!*

Pues bien, Señores: yo os lo pregunto ahora: ¿por qué se ha conmovido vuestro corazon en vista de estas escenas contempladas en todos los grados de la Creacion? ¿Por qué se ha estremecido vuestra alma? ¿Por qué se ha inflamado quizás vuestra imaginacion? ¿Qué palabra es aquí la que expresa este misterio encantador? Voy á deciroslo: es que en estas diversas esferas una misma cosa os há aparecido, lo Bello: lo bello en el mundo material, lo bello en el mundo viviente, lo bello en el mundo humano, y en el mismo mundo humano lo que hay mas bello, la belleza moral, la mas alta cima de la belleza creada, y en nuestro Cristo la belleza divina unida á la belleza humana. Sí, Señores: dondequiera habeis reconocido mas ó menos brillante esa cosa eternamente seductora, cuya idea está en lo mas profundo de vosotros mismos, y cuyo encanto se os imponía con un irresistible poder, aun cuando no pudieseis encontrar su definicion ni sondear sus arcanos: habeis reconocido y saludado lo que la humanidad ha apellidado con este nombre lleno de magia: lo Bello. Lo bello, es decir, la verdad que resplandece, la armonía que resuena, el bien que brilla, la vida que se